

# El Olivo

## DE ICÍAR BOLLAÍN

**E**n las sociedades campesinas tenía muy poca importancia la monetización. Entre los criterios tenidos en cuenta para valorar el sentido del trabajo y sus resultados materiales destacaba el asegurar la comida para la familia, para las comunidades a las que se pertenecía (lo que hoy llamamos soberanía alimentaria), para los animales que aportaban proteína y energía para la tracción animal en las tareas más rudas del campo y, en el caso de que hubiera excedentes fruto de una buena cosecha, su destino era el intercambio o trueque con los pueblos colindantes o la venta en el mercado local, donde sí se echaba mano del dinero.

Pero un valor difícil de calcular por lo inmaterial del mismo fueron los vínculos (humanos, culturales, sociales, agrarios, ganaderos, forestales...) que las mujeres y los hombres del campo mantenían con el territorio, eso que definiríamos como el arraigo del ser humano con la naturaleza, de la que el campesinado se sentía una parte más.

El hecho de describir esta realidad mirando al pasado solo se debe a que las sociedades modernas, incluidas en las dinámicas del modelo de la globalización capitalista, se encargaron de aplastar todo resquicio de esta forma de entender la vida y de relacionarnos con el entorno que nos acogía. Es más, la mayoría de quienes hoy sostienen ese pequeño porcentaje de población activa en la agricultura, también han dado la espalda a todo lo que representaban sus vínculos y emociones, e incluso a muchas personas que con buena voluntad vuelven al campo, a veces se les olvida dialogar con las pocas reliquias que nos quedan en los pueblos, personas mayores que en su memoria guardan sabiduría que nunca pudieron compartir ni expresar con nadie porque les intentaron convencer de no tenía ningún valor.

Yo no sé si Icíar Bollaín y Paul Laverty, cuando se embarcaron en la película *El olivo*, eran del todo conscientes del mensaje que algunas personas hemos podido percibir, pero su espléndido trabajo cinematográfico, además de ayudarnos a entender que el dinero fácil de las sociedades monetizadas ha conducido a muchas familias a la ruina moral y económica, también ha permitido llevar a la gran pantalla el verdadero significado de los arraigos.

Para el abuelo el olivo no tenía precio, solo tenía vida, cultura, emociones, historia, olivas para alimentar y engrasar con su aceite el cuerpo y el alma de muchas personas. Por eso dejó de hablar desde que presenció cómo sus descendientes lo arrancaban para venderlo a una multinacional, a cambio de un puñado de euros para montar un negocio en la costa que más tarde fracasó. Sus entrañas también habían sido arrancadas de la tierra que abrazaba todos los días.

A la trama de la película le da vida Alma, conectada con ese sentir de su abuelo y cargada de fuerza. En ella queremos ver representada una nueva lógica, la del cuidado de la tierra, la de la importancia de los afectos.

Durante la película me resultó imposible hablar, como al abuelo, solamente pude soltar alguna que otra lágrima.



*Por Jeromo, un campesino en resistencia.*